

NEW LEFT REVIEW 82

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE OCTUBRE 2013

ARTÍCULOS

MARCO D'ERAMO	El populismo y la nueva oligarquía	7
VICTOR SERGE	Cuadernos mexicanos	41
KIRILL MEDVEDEV	Contra la poesía privatizada	118
JOHN HOWE	Prototipo Boulevard	141
ALAIN SUPIOT	Grandeza y miseria del Estado social	157

ENTREVISTA

WANG BING	La tierra cambiante	177
-----------	---------------------	-----

CRÍTICAS

TONY WOOD	La imagen material	199
ANDERS STEPHANSON	Los tipos duros	207
ESTHER LESLIE	Proyectar el imperio	216

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

CRÍTICA

Peter Beinart, *The Icarus Syndrome: A History of American Hubris*, Nueva York, Harper Collins, 2010, 482 pp.

ANDERS STEPHANSON

LOS TIPOS DUROS

La década de 1990 no fue una buena época para los muchos analistas políticos que se ganan la vida pronunciándose sobre las estrategias adecuadas de Estados Unidos y su lugar en el mundo. Una vez que la constitutiva polaridad con Moscú se había disuelto, ¿qué es lo que quedaba excepto más y mejor globalización? Era una perspectiva deprimente porque dependía principalmente de los mecanismos semiautónomos del capitalismo financiarizado y ofrecía escasas oportunidades para la clase de especialización que les gustaba reclamar a estos intelectuales orgánicos del poder, por no decir que era bastante poco heroica. Su característica cultural, el posmoderno revoltijo de signos desterritorializados instantáneos, era igualmente perturbadora y desorientadora. En 1989, Francis Fukuyama le había puesto un nombre kojéviano a esto: el famoso o tristemente famoso fin de la historia, en cierto modo bueno (desde su punto de vista) pero también aburrido. No se podía negar que la geopolítica reducida a un conjunto de operaciones de limpieza fuera un logro histórico del poder de Estados Unidos; pero *ipso facto*, no suponía ninguna gloria y muy poco pensamiento estratégico. Las páginas de la historia están vacías cuando se pierde la negación.

La Administración de Clinton expresaba perfectamente todo esto al estar dominada, tanto en el interior como en el exterior, por Robert Rubin y el Departamento del Tesoro. Por ello, la orquestación de las finanzas internacionales bajo la supremacía estadounidense estaba inversamente reflejada en una secuencia de movimientos irregulares, vacilantes y a menudo diletantes

en el ahora incierto mundo de la geopolítica. De una u otra manera, el constante tema político era la «intervención», no en nombre de Estados Unidos como tal sino de la humanidad en su conjunto: Bosnia, Somalia, Haití, Ruanda, Kosovo. Mientras que lo que estaba en juego en la Guerra del Golfo de 1991 había sido evidente, no había nada realmente evidente, burdamente hablando, en el interés de Estados Unidos por afrontar las siguientes crisis. Sin embargo, las consecuencias en el tiempo, todavía en una clave menor, fueron una dureza y voluntad totales para utilizar el poder militar por decreto unilateral (en la práctica), lejos en espíritu y ejecución del incompetente despliegue, por ejemplo, en Somalia. El feroz bombardeo de Iraq que realizó Clinton en 1998 era un inequívoco testimonio de estas nuevas circunstancias. Lo que aprendieron los intervencionistas liberales durante esta década fue, en pocas palabras, que las «ciénagas» de antaño habían sido sustituidas por el bombardeo de precisión y las operaciones «quirúrgicas» que, si se hacían correctamente, serían rápidas, eficaces, económicas y, por encima de todo, populares. Así, todo estaba preparado para el intervencionismo mucho más agresivo que desarrollarían los neoconservadores de la siguiente Administración.

Una vez que la «oportunidad» se presentó (cómo George W. Bush inmediatamente describió el ataque sobre el World Trade Center), un abundante número de intervencionistas liberales se suscribieron a ese proyecto y Peter Beinart fue uno de ellos. Con una impecable *curriculum vitae* en el campo (Yale, profesor de Rhodes, editor de *New Republic* –órgano oficial del intervencionismo liberal– y posteriormente miembro de uno de los principales representantes del *establishment*, el Council on Foreign Relations, CFR), en la década de 1990 Beinart había acogido con entusiasmo la eliminación de la analogía de Vietnam y el ascenso inverso de una ingenuamente idealista militancia. El modelo movilizador, evidente, fue el anticomunismo presente en el liberalismo de la Guerra Fría durante la era Truman: idealismo y vigor supuestamente en un juicioso equilibrio. Así, inicialmente la versión de Bush pareció ser más de lo mismo. Como Afganistán iba de maravilla ateniéndose al guion, la continuación en Iraq, por muy precaria que fuera la justificación oficial, parecía irresistible: una oportunidad para librarse de Sadam Husein, un hombre terrible si es que no un colaborador e incitador del terrorismo (Beinart ha olvidado que la original «guerra contra el terrorismo» fue abreviada a la más nebulosa y conveniente «guerra contra el terror»). Este es el momento en que estaban muy en boga los panegíricos al «imperio estadounidense», el momento en que Christopher Hitchens adoptó el papel de singular animador de Donald Rumsfeld.

Como sabemos, el encanto y romanticismo de todo este ejercicio se demostró, notablemente breve. La «ciénaga» regresó con más fuerza tanto en Afganistán como en Iraq y la máquina militar, invencible en la lucha abierta,

se demostró notablemente menos invencible en la «guerra asimétrica». Se produjo una ocupación más que una verdadera «liberación» y Bush Jr. abandonó la Casa Blanca con los índices de aprobación más bajos de su historia; Estados Unidos quedó geopolíticamente dañado y, para colmo, Wall Street estaba en total confusión. Para entonces Beinart ya se había dado cuenta de que cometía muchos de sus propios errores. Revisando su estudio (más exactamente, el del CFR), empezó a investigar las razones históricas de esta debacle y *The Icarus Syndrome* es el resultado y su *mea culpa*. Su publicación no fue oportuna. Escrito en el crepúsculo de Bush y antes de que Barack Obama hubiera surgido por completo, no dice nada sobre las sorprendentes continuidades entre ambos. El interés de su trabajo es principalmente sintomático de los límites de lo que Beinart podía imaginar en el periodo de transición entre los dos, de la clase de respuestas que podía proporcionar, como opuesto a lo que realmente ha sucedido.

Arthur Schlesinger Jr. es (evidentemente) su fuente de inspiración. Beinart convierte los «ciclos» de pragmatismo e idealismo de Schlesinger en un ciclo de continuo ascenso y caída de la «arrogancia», desde Woodrow Wilson en adelante. La «arrogancia» también es (de hecho) una idea tomada de Schlesinger, concretamente, la «tragedia de la catastrófica prolongación excesiva y de la mala aplicación de principios válidos». La referencia de Schlesinger es Vietnam en 1967, pero Beinart la generaliza en tres grandes periodos donde las buenas ideas y valores se convierten en una política indiscriminada que finalmente los debilita e incluso sirve a fines contrarios. Por ello, se cuestiona el proyecto de paz de Wilson y su campo progresista por ser extremadamente racionalista y por caer en la trampa idealista de proyectar normas e instituciones nacionales sobre el necesariamente diferente terreno internacional. Esta «arrogancia de la razón» termina en dos errores gemelos, el pacifismo y el aislacionismo, representados respectivamente por John Dewey y Charles Beard. Una verdadera y trascendental respuesta solamente aparece con la realista intervención de Franklin D. Roosevelt y la alianza de las grandes potencias en la Segunda Guerra Mundial, endulzada con una sólida creencia en un gobierno mundial estadounidense, y después, en forma modificada, con la política de contención de principios de la Guerra Fría de Truman, considerada como una particularista y prudente limitación del universalismo soviético.

Muy rápidamente, en parte debido a la necesidad de exageraciones para consumo interno, en parte debido a la emergente obsesión por la credibilidad global y a una insana fijación en la analogía de Munich, esto se convierte en la «arrogancia de la dureza»: la idea de que hay que ser duro en todas partes y en todo momento, una postura que evidentemente carece de cualquier sentido realista de los límites. Eisenhower consigue mantenerla relativamente encubierta pero el concepto se mantiene y prepara el camino para

los excesos de los gobiernos de Kennedy y Johnson. Vietnam pone un final político a esto, pero no tiene una trascendencia real en la década de 1970. Nixon y Kissinger interpretan la geopolítica en una clave nueva (distensión y apertura hacia la RPCh), pero dejan en pie el problema de la credibilidad. Carter lo intenta, pero su iniciativa se frena abruptamente con los problemas de 1978-1980, principalmente la crisis de los rehenes en Irán y la intervención soviética en Afganistán.

Así que le tocó nada menos que a Ronald Reagan proporcionar la prudente respuesta. A pesar de que empezó invocando de nuevo a los demonios de la Guerra Fría, Reagan realmente siempre fue una paloma que se negó a realizar intervenciones a gran escala y que después aprovechó ávidamente la oportunidad para abrazar a Gorbachov; todo en contra de la fuerza de choque de sus propios partidarios neoconservadores. Granada era su tipo de victoria. Desgraciadamente, la trascendencia de la Dureza de Reagan resultó tener demasiado éxito. La Unión Soviética colapsó, allanando el camino una vez más –después del incierto interregno y del proceso de aprendizaje de la década de 1990– para lo que se convertiría en la «arrogancia del dominio», el momento de George W. Bush. El resto ya lo sabemos.

Dejando de lado el marco, gran parte de esta «historia» es convencional y se basa en las habituales fuentes secundarias; los comienzos de la Guerra Fría tal y como se entienden dentro del periodo de, digamos, Mel Leffler y John Lewis Gaddis. Prácticamente nada del contenido resultará sorprendente o nuevo para el lector que tenga un conocimiento práctico de las relaciones exteriores de Estados Unidos. Sin embargo, como indica la «arrogancia», es principalmente un estudio de las ideas y personalidades como opuestas a los «sistemas», «políticas» o «relaciones internacionales». Beinart examina del modo habitual las ideas y proyectos de dos clases de gente; por un lado, las administraciones presidenciales (presidentes y otras figuras seleccionadas) y, por otro, los intelectuales públicos. En medio de los habituales sospechosos hace algunas peculiares elecciones. Henry Kissinger recibe una página y media, mucho menos que Jeane Kirkpatrick (que por cierto no era una «soviétóloga») y Elliott Abrams. En el lado intelectual se ignora a James Burnham, aunque hubiera hecho una llamativa exposición. Por lo que se refiere al alcance de la investigación, Beinart recurre poco, extraordinariamente poco, a fuentes primarias. Podía haber ofrecido una o dos perspectivas personales sobre algo; después de todo, una interpretación original no hubiera exigido trabajo en los archivos. Sin embargo, él es esencialmente un intelectual de tipo periodístico, interesado en historias y puntos de vista, en cómo actuará la política. No siente ninguna atracción por los problemas (o sistemas) analíticos. El libro resulta notablemente más interesante cuanto más se aproxima a sus propios tiempos –a lo que le gusta llamar los «años de oro» entre 1989 y 2003, seguidos por el

dénouement— porque los conoce mejor y está más comprometido. El ritmo es rápido, solo de vez en cuando cae en el simplismo de la revista *Times* (en la que estuvo escribiendo).

La enorme convencionalidad de la historia real no se presta a ningún desafío útil. Es mejor preguntar qué pasa con el marco y la periodización que producen la clase de recetas con las que Beinart finaliza. Sin duda bien se puede argumentar —por poner solo un ejemplo— que Wilson, un gran admirador de Burke, no era un simple racionalista, que su cacareada teología aliancista y su rectitud tenían una inspiración mucho más religiosa. Dejo de lado estos argumentos, con una excepción que resulta decisiva y reveladora. Siguiendo a Gaddis y a otros autores, Beinart imagina que la «contención» era una limitada, prudente y particular aplicación del equilibrio del poder: el Kennan de septiembre de 1948 se considera de hecho el Kennan del Largo Telegrama de febrero de 1946. Esto es históricamente falso. El Largo Telegrama (igual que su posterior artículo firmado como «X») es «rechacionista» de arriba abajo, y este aspecto fue precisamente lo que le hizo tan útil. El régimen soviético se convirtió en una esencia inmutable de poder total, destructivo, expansionista; un Estado con el que no era posible ninguna relación diplomática tradicional. Esta siempre había sido la posición tendencial de Kennan y ahora se convirtió en la posición oficial de Estados Unidos. La cuestión, vista con mayor claridad por otros miembros de la Administración, era que excluir a la Unión Soviética como un actor legítimo en las relaciones internacionales daba a Estados Unidos, con su asombroso poder, *carte blanche* para hacer lo que le pareciera en cualquier parte. La «contención» en ese aspecto no se refería a la contención de la Unión Soviética —en cualquier caso algo no especialmente difícil— sino a la creación de un irrefutable marco «estadounidense» para la seguridad global. Como Kennan finalmente descubrió, él había sido utilizado. No era un simple «tonto útil», pero su utilidad como político desapareció en el momento que empezó a parecer un tradicional realista. Habida cuenta de que el espíritu que orienta aquí la historia de Beinart es Mel Leffler, me sorprende que el detallado relato que facilita en su extensa historia del periodo, *The Preponderance of Power* (1992), no aparezca más veces en relación a la extraordinaria y unilateral afirmación de las pretensiones de seguridad de Estados Unidos. Así, el universalismo de la doctrina Truman en marzo de 1947 no fue un error o un lapsus de juicio. Era esencial para toda la operación. Walter Lippmann comprendió esto, ya que entendió también la naturaleza esencialmente no realista del artículo «X», su suposición de que de algún modo los poderes tenían que ser «íntimos» para tratar con otros.

El propio Beinart, de hecho, no está totalmente seguro de cuando se produjo el momento exacto de claridad e inteligencia. En los análisis convencionales, el exceso tiende a empezar solamente en 1949-1950, como ilustra

el explícito globalismo del Informe 68 del Consejo de Seguridad Nacional (abril de 1950); pero Beinart habla de la «inflamación» de la arrogancia ya en 1946-1950. No se hace ninguna mención de la crítica liberal contemporánea de esa arrogancia, concretamente, del ataque de Henry Wallace en 1948 –bastante realista y sin duda rooseveltiano en espíritu– sobre las jactancias políticas de dureza. Wallace fue el primer objetivo de Schlesinger en el momento y sufrió un injurioso tratamiento en su *The Vital Centre* (1949), el texto canónico de la militancia de la Guerra Fría para el primer Beinart. Sin embargo, indirectamente, Wallace aparece como artista invitado en el análisis efectuado por Beinart, sorprendentemente extenso y comprensivo, de su descendiente directo: George McGovern.

La idea misma de «arrogancia», en cualquier caso, sugiere la solución evidente: realismo, un sentido de los límites, la capacidad de juzgar cuando las cosas, las buenas intenciones, se están descontrolando y volviéndose contraproducentes. Realmente no puede haber otra solución al problema de la «arrogancia». Es decir, no puede haber otra solución mientras que sistemáticamente se eviten cuestiones sistémicas y todo el tema se reduzca a una cuestión de voluntad e ideología; la arrogancia como una simple disposición psicológica. Aquí una investigación mucho más interesante y ciertamente más intensa podía haber surgido si Beinart hubiera tomado como punto de partida la célebre lectura realizada por Jacqueline de Romilly de Tucídides (inexplicablemente ausente) para su utilización de la arrogancia griega: la política del imperio, que generaba odio y por ello la necesidad de represión; la psicología de la tendencia al exceso y, finalmente, la necesidad filosófica de hacer lo que se tiene poder para hacer, como el conocido asesinato en masa de los melios realizado por los atenienses, que se lleva a cabo no por arrogancia sino por las razones opuestas. Se puede ver ahí el potencial para el argumento. Tal como se presenta el texto, por el contrario, la «sabiduría» resulta ser nada más que las trilladas reglas básicas del realismo clásico, atemperadas por algunos admirables ideales a largo plazo. El mundo es un lugar desagradable que exige que Estados Unidos participe con los fines y medios apropiados, teniendo presente en todo momento los límites del poder y la especificidad del lugar. ¿Quién puede estar en su contra?

Mientras tanto, la secuencia no presenta ningún desarrollo, solo una repetición cíclica: idea, exceso, tragedia, sabiduría, seguidos por lo mismo una y otra vez. En este sentido es ahistórica y la receta también: Estados Unidos debe mostrar una buena disposición y representar las cosas buenas, pero debe estar «despiadadamente acomodado» a un mundo «que no es maleable en nuestras manos». Aquí el previsible profeta es Reinhold Niebuhr. Cuando haya dudas, pregunta a Niebuhr. Ya se le invoca cuando la historia llega a 1932 y continúa apareciendo desde entonces. A diferencia de los realistas estrictos –Hans Morgenthau, Walter Lippmann– se considera que Niebuhr ha mantenido en

medio de toda la tragedia un fuerte compromiso con los ideales. El mundo está transhistóricamente caído igual que nosotros, pero nosotros menos que la oposición; lo que significa que tendremos que hacer cosas malas muy energicamente pero por una causa buena aunque no totalmente buena. Niebuhr es el perfecto dispositivo de habilitación para el liberalismo de la Guerra Fría. Schlesinger era excelente siempre que se mantuviera niebuhriano en la línea de *The Vital Centre*, y solamente perdió el hilo cuando se suscribió al «ultra-realismo» de la tripulación de la Dureza Camelot. Las contrapartidas políticas de Niebuhr, los héroes históricos de Beinart por así decirlo, no son siempre igualmente previsibles: Henry Cabot Lodge (no tan masculinista y «duro» como Teddy Roosevelt), Georges Clemenceau (realmente Clemenceau es alabado por luchar tenazmente contra los ruines alemanes y repetidamente se le invoca por su apropiado entendimiento de las cosas), Franklin D. Roosevelt, Truman (una figura no evidente), luego un largo periodo sin ningún modelo claro hasta Ronald Reagan, que sin embargo es el último. El relato de Beinart sobre Reagan es asombrosamente rosa, sus fallos se reducen a excéntricas creencias en extraterrestres, reencarnaciones y otras rarezas; mientras que la siniestra figura de William Casey típicamente no aparece nunca. Colin Powell, un potencial candidato para la grandeza, fracasa trágicamente porque no sigue sus convicciones y se convierte en el tonto útil del gobierno de Bush. Jeane Kirkpatrick e Irving Kristol, antiguos neoconservadores que mantienen una realista sensibilidad hacia los límites, obtienen una buena calificación, al contrario que los neoconservadores de la segunda generación, los «conservadores de la dominación», William Kristol, Robert Kagan y Charles Krauthammer.

Si se adopta, pues, el estilo de Niebuhr, evitando los dogmas y las abstracciones, comprendiendo la naturaleza inevitablemente peligrosa y moralmente ambigua del mundo exterior y realmente de uno mismo, entonces quizá se pueda evitar el arrogante deseo de Ícaro de volar demasiado cerca del sol, así como el igualmente arrogante error contrario de volar demasiado bajo. Seamos entonces sabios, o por lo menos más sabios, no haciendo demasiado ni demasiado poco. Sin embargo, como reflexiona Beinart, en uno de sus escasos gestos hacia la estructura, Estados Unidos no es realmente Ícaro porque, por muy alto que vuele, realmente no sufre ninguna consecuencia catastrófica. Sus alas no se derriten, lo cual, se podría continuar diciendo, es la precondition de la naturaleza cíclica del proceso. No hay que tener razón –empírica, moral, política o de ninguna otra clase– para tener «éxito», siempre que se tenga suficiente poder. Los efectos del error los sufren otros. Nicaragua pagó un espantoso precio por la fantasmagórica construcción de Reagan de una amenaza totalitaria para Texas, y en cierto modo, Reagan ganó la guerra, habiendo estado de hecho equivocado en todos los aspectos.

Esta licencia para matar, por así decirlo, fue atemperada durante la era de la posguerra por la presencia de una negación capaz de destruir a Estados Unidos por medio de la guerra nuclear. (La «era de la posguerra» no hay que confundirla con la «Guerra Fría», un proyecto de Estados Unidos que, estrictamente hablando, acabó en 1963 aunque eso sea otra historia.) También estuvo atemperada por el único *shock* sistémico que se produjo, el contra-tiempo que de hecho exigió un precio en casa en forma de una crisis de legitimidad: Vietnam. La experiencia formativa de Beinart es la gradual eliminación de ese doble bagaje histórico del mundo de los análisis políticos, seguido por su regreso en 2003 aunque en una forma mucho más débil; el precio no es excesivo, ciertamente no para la gente del universo de Beinart. El espacio para el voluntarismo, la idea de que uno puede hacer lo que desee sigue ahí, sustentada en formas potencialmente peligrosas no solo por el poder objetivo sino también por la peculiaridad estructural del privilegio ejecutivo, por el hecho de que el presidente manda y actúa virtualmente sin restricciones, y la clase dirigente (o la mayoría de sus facciones), tal y como está representada en el Congreso, esencialmente no se halla geopolíticamente anclada. De ahí la clase de arbitrariedad representada por George W. Bush y su casi schmittiana afirmación de supremacía; el derecho global de decidir cuál es la excepción, dónde sea y cuándo sea.

Este es el momento de preguntar cómo se han comportado las modestas y comunes recetas de Beinart –multilateralismo, ideales en medio de un sentido realista de los límites, etc.– con Barack Obama, una figura libre del apoyo concedido previamente a la Guerra de Iraq que pesaría sobre John Kerry y Hillary Clinton. La respuesta desconcierta al principio porque, en conjunto, Obama ha continuado y en algunos casos ampliado la política real de su muy despreciado predecesor. Las guerras terrestres pueden haber acabado, pero los drones están volando cada vez más abiertamente. Todavía estamos esencialmente en el mundo de la excepción schmittiana. Nadie (creo) puede imaginar, como hicieron algunos de los más insistentes neo-conservadores de Bush, que el cambio de régimen en la República Popular China deba estar en el horizonte político. Sin embargo, la convicción todavía es que Washington debería tener la voz cantante, como de hecho la tiene. Niebuhr, entre tanto, ha sido invocado por el propio Primer Magistrado, que encuentra útil ver un mundo trágico no sometido a ninguna radical renovación. Aun así, si los contornos de la política inmediata siguen siendo los mismos que en el último periodo de Bush, después de 2006, la postura es en última instancia diferente y los objetivos a largo plazo más modestos, o por lo menos, no igualmente directos. Podemos ver la estudiada ambigüedad sobre la guerra civil siria, una intencionada falta de una política evidente; la estudiada ambigüedad sobre la grave crisis en Egipto, en este caso ofreciendo apoyo *de facto* para el golpe mientras se espera lo mejor.

El *marco*, en ese aspecto, ha cambiado: no es Bush ni Beinart. Es filosófica y políticamente pragmatista (como opuesto a simplemente pragmático), rechazando el realismo del tipo anterior mientras asume uno orientado por el cálculo coste-beneficio: drones en vez de intervenciones masivas. Lo real es racional. O, para ser más precisos, lo real bien puede ser irracional pero sigue siendo lo real. Lo que funciona, funciona. Los ideales tienen muy poco que ver con ello o deben estar juiciosamente sopesados. Cualquier impulso utópico debe ser ciertamente reprimido.

Por ello, hay muy poco de la platónica mentira de Beinart, de la manera necesariamente «estadounidense» de formular el material necesariamente no estadounidense que se tiene que adoptar en el mundo. En ese sentido, Obama representa una ruptura específica: Estados Unidos es uno de los muchos Estados del mundo, pero sucede que es abrumadoramente el más poderoso. Así que hay que calcular los pros y los contras. Este instrumentalismo, de alcance y efectos imperiales, ha decepcionado profundamente a muchos de sus seguidores por desalentador e inquietante. Ciertamente no es arrogancia. Es la hegemonía de Estados Unidos en el marco de la contingencia posmoderna. No hay una gran narrativa adscrita a todo ello, razón por la cual la llamada a las armas de Beinart, el espíritu del liberalismo de la Guerra Fría reciclado en un realismo adecuadamente aguado, es un proyecto tan muerto como lo era en la década de 1990. No tiene fundamento estructural alguno. El propio Beinart, de hecho, se ha plegado a una cierta clase de incrementalismo *ad hoc*, desechando las «abstracciones» en nombre de lo específico y lo real. Esa postura puede significar más operaciones como la de Bosnia, en el vigorizante espíritu de la humanidad, pero también puede significar un ataque de drones sobre la Siria de El Assad.